

La mies es abundante y los obreros pocos

14º Domingo del Tiempo Ordinario

Después de esto designó el Señor a otros setenta y dos y los envió de dos en dos delante de Él a todas las ciudades y lugares donde Él había de ir y les dijo: “La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. Id, mirad que Yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. No saludéis a nadie por el camino. En la casa que entréis, decid primero: «Paz a esta casa». Y si allí hubiera algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, volverá a vosotros. Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan, pues el obrero es merecedor de su salario. No andéis de casa en casa. En la ciudad que entréis y os reciban, comed lo que os pongan. Curad a los enfermos que haya en ella y decidles: «El Reino de Dios está cerca de vosotros». Pero en la ciudad donde entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: «Hasta el polvo de vuestra ciudad, que se nos ha pegado a los pies, lo sacudimos contra vosotros, pero sabed que el Reino de Dios se acerca». Os digo que en aquel día Sodoma será tratada con menos rigor que aquella ciudad”. Regresaron los setenta y dos llenos de alegría diciendo: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Él les dijo: “Veía Yo a Satanás caer del Cielo como un rayo. Mirad, os he dado potestad para aplastar serpientes y escorpiones y, sobre todo, poder del enemigo y nada os dañará. Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan. Alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los Cielos”.

Lc 10,1-12.17-20

Transcripción de audio

Jesús, hoy me invitas y me insistes que sea testigo tuyo, que proclame tu mensaje. Y me insistes y me invitas desde un corazón ardiente, viendo las necesidades de la humanidad, viendo la pobreza y el hambre de ti que tiene tanta gente. Y me dices: “Poneos en camino. Ponte en camino”. Es como una arenga que Tú me dices, junto con los setenta y dos discípulos. Y me arengas a que lleve tu mensaje, tu Reino de amor, por donde Tú ya no puedes ir; un Reino que está presente, que está aquí.

Y me dices cómo: me dices que no espere a que la vida cambie, me dices que no espere a que en el mundo, en las personas, en el ambiente donde yo vivo haya paz. Y me envías, pero me insistes cómo: que confíe en ti. “Rogad al dueño de la mies”. Lo primero dirigirnos a ti y pedir que venga este Reino, que podamos ser buenos portadores y buenos mensajeros tuyos. Y agradezco que Tú confíes en mí, pero siento el compromiso de la llamada. Me envías y me avisas: “Mira, la misión que te mando no es fácil. Es verdad que la mies es abundante, pero —¡qué tristeza!— hay poca gente, pocos obreros. Insiste al Dueño de la mies que mande

obreros a su mies. Pide, insiste, pero no te detengas ante las dificultades, ante todo lo que no entiendes. No te detengas y mira, ponte en camino, vive y anuncia el mensaje como Yo te digo. No lleves nada, nada. Te digo como a los setenta y dos discípulos: no lleves nada, ni talega, ni alforja, nada". Sólo la alegría de ser mensajero de ti y la paz que me entregas Tú.

"Vete entregando la paz donde vayas, en cualquier casa, en cualquier grupo, entrega la paz. Y si no, despídete y vuelve a otro sitio. Yo te envío para que seas ese intérprete, ese mensajero, ese mediador de mi Reino". Pero me dices que no vaya sola —"de dos en dos", dices en el texto—, para hacer unidad, para que Tú estés en el medio. Me tengo que llenar de la alegría tuya, esa alegría que cuando cumplimos lo que Tú nos dices y anunciamos tu mensaje, venimos felices. Pero Tú también nos ayudas a pensar que la alegría es por habernos elegido.

Jesús, en este encuentro siento tu llamada, siento que me envías y me das la manera y el modo de poder realizar esta misión que me pides. Te doy gracias porque entro en el plan amoroso tuyo, porque me eliges para ser tu mensajero en medio de la pobreza, de la injusticia, del odio, de la guerra, del mundo; y para que te haga presente en cada una de las personas que yo contacte o que estén a mi lado. Pero siento la llamada urgente: "Ponte en camino. ¿Qué haces? ¿Qué haces con la vida que yo te doy? Urge que empieces ya a ser testigo, urge que no tengas miedo. Escucha, escucha: la mies es abundante y los obreros pocos".

Jesús, abre mi corazón y mis ojos para que yo sea exigente, coherente, para que actúe, para que ponga el amor en acción y sea tu mensajero, para que vaya a la viña y trabaje y te anuncie. Gracias por llamarme a ser tu obrero de esta mies, por ser tu hija. Gracias por enviarme, gracias por llamarme. Dame la fuerza que necesito para ser fuerte ante las dificultades. Y que aprenda que sólo, sólo te tengo que llevar a ti y te tengo que comunicar sin más, sin más preocupaciones. "No lleves ni faja, ni oro, ni alforja, nada; la paz, la alegría y el amor". Gracias por haberme elegido para ser testigo de tu amor, de tu salvación. Gracias, Jesús, dame esa fuerza.

Santa María del Camino, de la transmisión de Jesús —como hiciste con Isabel—, Santa María, que yo pueda llevar a Jesús, que anuncie tu Evangelio, que anuncie tu paz, que me ponga en camino con rapidez, como tú. Y que aprenda a entregar a tu Hijo, y sobre todo que sea constructora de la paz, que donde yo vaya deje como regalo, como obsequio, la paz y el amor tuyo. Ayúdame en todos los momentos del anuncio de tu mensaje en mi vida y con mi testimonio. Te lo pido con todo cariño y con todo amor.

¡Que así sea!